

EL CIRIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

## EL CIRIO

Habéis oído decir : Ojo por ojo  
y diente por diente. Y yo os digo :  
Sufrid el mal sin resistiros.

(SAN MATEO.)

Esto pasaba en el tiempo de los señores, y de éstos los había de varias clases. Unos no olvidaban que existe un Dios, y que algún día habrían de morir; éstos no hacían mal á sus semejantes. Había otros muy malos. ¡ Dios les haya sido misericordioso ! Pero, así y todo, no eran peores que los antiguos siervos salidos de la nada y que habían llegado á ser jefes á su vez. Éstos eran los que particularmente hacían dura la vida de los pobres.

En una señoría había cierto administrador ó mayordomo. Los campesinos trabajaban con celo, las tierras eran buenas y extensas, con agua abundante, praderas y bosques. Hubiera habido bastante para

todos, para el señor y para sus mujiks; pero el propietario había querido tener un mayordomo escogido entre los criados de otra de sus propiedades.

El mayordomo acaparó en seguida toda autoridad y cargó con el peso de ella á los pobres mujiks. Tenía familia; su esposa y dos hijas casadas, y había ya ahorrado bastante dinero. Hubiera podido vivir, y vivir sin pecar, pero era insaciable y estaba ya endurecido en el mal. Comenzó por recargar, sin razón, el trabajo de los mujiks; hizo construir una fábrica de ladrillos, tenía sobresaltados á todos, hombres y mujeres, y vendió los productos de la fábrica en provecho suyo. Los mujiks fueron á Moscú para quejarse al señor, pero éste no hizo caso; los despidió con cajas destempladas y dijo á su apoderado que obrase á su antojo.

Supo el mayordomo que los mujiks se habían quejado de él y quiso vengarse. La vida de los infelices campesinos se hizo insoportable. Había entre ellos falsos camaradas que denunciaban á los otros para perjudicarles. Así se introdujo entre ellos una honda perturbación y la ira del mayordomo llegó al último límite.

Cuanto más tiempo pasaba más grave se hacía la situación. Se llegó á odiar al apoderado como á una bestia feroz.

Cuando pasaba por el pueblo, todos se apartaban de él como de un lobo, y se escondían en cualquier parte con tal de escapar á sus miradas.

El mayordomo lo advirtió, y el miedo que inspiraba le irritó más todavía, aplastando á todos con el peso del trabajo y castigándolos duramente.

Los mujiks llegaron al colmo del sufrimiento.

Algunas veces se suprime á tales monstruos y los mujiks comenzaron á hablar de quitar de en medio á su tirano. Se reunían con frecuencia en algún sitio oculto, y el más atrevido decía: « ¿Pero vamos á soportar por más tiempo á nuestro opresor? Muerte por muerte, el matar á un ser como ese no debe ser pecado. »

Un día hubo reunión en el bosque, poco antes de la Semana Santa. El mayordomo había enviado á los mujiks á podar la floresta, y cuando éstos se reunieron para comer, deliberaron.

— ¿Cómo vivir ahora? — se dijeron. — Ese hombre nos va á agotar; estamos rendidos. No hay descanso ni de día ni de noche para nosotros ni nuestras mujeres. Y lo que es peor, si se protesta, el látigo. Simeón ha perecido á latigazos, Anissim ha muerto en el calabozo. ¿A qué aguardamos, pues? Vendrá aún esta noche y se cebará en nosotros. Bastaría derribarle del caballo, darle unhachazo

y punto concluido. Le enterraremos como á un perro y todo habrá terminado.

Mas para eso es preciso que todos, sin excepci3n, estemos de acuerdo y procedamos sin vacilaci3n. ¡Nada de desfallecimientos ni de cobardías!

Así habló Wassili Minaev, que era el que más odiaba al mayordomo, porque todas las semanas se le apaleaba por su orden y le había arrebatado su esposa para convertirla en su cocinera.

Los mujiks se concertaron, y parecían dispuestos á todo antes de la llegada de su jefe. Apareció éste á caballo y riñó á los obreros porque no cortaban las ramas á su gusto. Entre el mont3n de leña formado descubrió un pequeño tilo.

— Yo no he dispuesto que se corten los tilos — gritó. — ¿Quién ha hecho esto? Decidlo, ó voy á azotar á todo el mundo.

Se puso á buscar en qué fila de obreros se encontraba el tilo cortado. Se le denunció á Sidov, y entonces el mayordomo le golpeó en el rostro hasta dejárselo bañado en sangre. Lo mismo hizo con Wassili, so pretexto de que su mont3n no era bastante grande. Hecho esto, partió.

A la noche los campesinos se volvieron á reunir y habló Wassili.

— ¡Está bien! — dijo. — Vosotros en vez de

hombres sois gorriones. « ¡Vamos á ajustarle las cuentas! » — gritasteis, — y cuando llegó el momento os quedasteis como muertos. Os ha sucedido como si los gorriones se reunieran contra el gavilán. « ¡Nada de cobardía! ¡Nada de retroceder! » — habéis dicho, — y en cuanto se acerca nadie respira. Entonces llega el gavilán, coge al que quiere y se lo lleva. « ¿Quién falta? Iván. Peor para él; le está bien empleado. » Ese es como vosotros. Cuando no se quiere retroceder no se retrocede. En el momento en que pegó á Sidov había que acercarse y acabar con él; pero vosotros mucho de ¡nada de cobardía! ¡nada de echarse atrás! y en cuanto le véis todos bajáis la cabeza.

Las discusiones se hicieron cada vez más frecuentes y los mujiks juraron desembarazarse del mayordomo. Éste ordenó que se trabajase durante las fiestas de Pascua, y aquella orden irritó hasta el último punto á los campesinos. Reuniéronse en casa de Wassili la semana de Pasión y comenzaron á deliberar.

— Si él se ha olvidado de Dios — decían — y procede así, será el matarle una acci3n meritoria. De todos modos hemos de morir si no le quitamos la vida.

Pedro Mikheev estaba presente. Era un hombre

tímido y no gustaba de mezclarse en las discusiones. Sin embargo, en aquella ocasión vino, escuchó, y dijo :

— Lo que pensáis hacer, queridos hermanos, es un grave pecado. Perder su alma es cosa seria. Es muy fácil perder el alma de otro ; pero, ¿ cómo quedarán luego nuestras conciencias ? ¿ Hace mal ? Pues el mal será para él. Hay que soportar á ese hombre, hermanos míos.

Wassili se enfadó al oír aquellas palabras.

— Siempre repite lo mismo : ¡ es pecado matar á un hombre ! Sí, lo es ; pero, ¡ de qué hombre se trata ! Es crimen matar á un hombre, bueno ; pero, ¡ á un perro como ese ! El mismo Dios así lo quiere. A los perros rabiosos se les mata por amor á los demás hombres, y sería un mayor pecado no matarle. ¿ A cuántos no hará daño si no se le extermina ? Es más, si es preciso expiar la muerte de ese hombre, nosotros sufriremos la pena por los demás y ellos nos estarán agradecidos. Tú, Mikheev, no dices más que tonterías. ¿ Será menor pecado trabajar durante la fiesta de Cristo ? Y tú mismo, ¿ no irás á trabajar ?

Mikheev respondió :

— ¿ Y por qué no ? Si se me ordena, iré. No será por mi culpa por lo que trabaje, y Dios sabrá de

quién es el pecado ; á vosotros toca no olvidarlo. No soy yo quien habla de este modo, sino Dios mismo, hermanos míos. Si fuera lícito combatir el mal por el mal, Dios lo habría proclamado así ; pero ha dicho precisamente lo contrario : « Si te esfuerzas en hacer desaparecer por ti mismo el mal, tú le temas sobre ti. » Matar á un hombre es cosa fácil, pero su sangre manchará tu alma. Tú crees haber borrado el mal quitando la vida á un malvado, y lo que has hecho es cargar tu conciencia con un mal peor. Soporta la desgracia y tú vencerás.

Después de esto los mujiks se separaron sin tomar ninguna resolución. Los pareceres estaban divididos. Unos pensaban como Wassili, y otros se colocaron de parte de Pedro, inclinándose á no pecar y á sufrir con paciencia.

El primer día, el domingo, se dejó á los campesinos guardar la fiesta. El starosta, ó representante de los campesinos, llegó aquella noche, y dijo : « Mikail Semenitch, el mayordomo, ordena que todos vayan mañana al trabajo. » El funcionario atravesó el pueblo y anunció á todos la labor para el día siguiente, señalando á unos las tierras situadas sobre la otra orilla del río, y á otros las que estaban á lo largo del camino real. Lloraron los pobres mujiks, pero no se atrevieron á desobedecer. Al día

siguiente sacaron los arados y se pusieron á labrar.

Tocan á misa las campanas de la iglesia; el mundo entero está de fiesta, pero los mujiks trabajan.

Mikhail Semenitch, el mayordomo, se levantó tarde y dió una vuelta por sus tierras. Su mujer y su hija viuda se vistieron, un criado enganchó un cochecillo, y ambas fueron á misa. Cuando volvieron, una criada preparó el samovar. Mikhail Semenitch volvió también y comenzó á tomar el te. Después del te, encendió su pipa é hizo llamar al starosta.

— Y bien — le dijo, — ¿has instalado á los mujiks en la labor?

— Están instalados.

— ¿Están todos?

— Todos están. Yo mismo los he conducido.

— Instalados, instalados... ¿pero trabajan? Ve á verlo y diles que yo iré en cuanto coma. Es preciso que labren una decíarea por cada dos arados y que el trabajo esté bien hecho. Como lo encuentre mal, no tendré en cuenta la fiesta.

— Comprendido.

Iba á retirarse el starosta cuando Mikhail le llamó. Quería preguntarle algo, pero se sentía cortado; no sabía cómo hacerlo.

— He aquí de lo que se trata — dijo al fin. — Es-

cucha bien lo que esos granujas dicen de mí y fíjate bien en quiénes son los que profieren amenazas; cuanto digan me lo has de repetir. Conozco á esos vagos y sé que lo que no quieren es trabajar. Preferirían estar siempre acostados y sin hacer nada. Comer y divertirse; eso es lo único que les gusta y no piensan en que si se deja pasar la época de las labores será luego demasiado tarde. Así, pues, escucha lo que charlan y cuéntamelo todo. Tengo necesidad de saberlo. Vete y no me ocultes nada.

Partió el starosta, montó á caballo y se fué al campo, en donde estaban los mujiks. La esposa del mayordomo, al oír la conversación del starosta y su marido se acercó á éste y le dirigió un ruego. Era una mujer de carácter dulce y de buen corazón. Cuando podía, calmaba á su marido y abogaba por los campesinos.

— Amigo mío — le dijo, — por el gran día que es hoy, por la fiesta de Nuestro Señor, no peques, y en nombre de Cristo no hagas trabajar á los mujiks.

Mikhail no hizo caso del ruego de su mujer, y se le rió cínicamente.

— ¿Tanto tiempo hace que las disciplinas no han visitado tu cuerpo que te atreves á hablarme de ese modo? Esos asuntos no te importan.

— Michenka, amigo mío, he tenido un sueño que

se refiere á ti, un mal sueño; hazme caso: no hagas trabajar á los mujiks.

— Te lo repito: tienes probablemente mucha grasa y crees que las disciplinas no van á hacerte daño. ¡Ten cuidado! ¡Ten cuidado!

Se enfadó el mayordomo, acercó el quemadero de su pipa á la boca de su mujer, la echó con cajas destempladas, y la ordenó que sirviera la comida.

Mikhail Semenitch comió carne, pastel relleno, stchi con manteca, un cochinillo asado, sopas de leche; bebió aguardiente de cerezas y terminó con un pastel azucarado. Luego, llamando á la cocinera, la ordenó que cantase mientras él la acompañaba con la guitarra.

Así pasó el tiempo Mikhail, digiriendo con estrépito, pulsando las cuerdas y bromeando con la cocinera. El starosta entra, saluda y da cuenta de lo que ocurre.

— Y bien ¿se trabaja? ¿Acabarán la tarea?

— Ya han hecho la mitad.

— ¿Y está bien trazado?

— No he visto nada mal hecho; tienen miedo.

— ¿Se abre bien la tierra?

— Sí; va bien; se pulveriza como la semilla de adormidera.

El mayordomo guardó silencio algunos instantes.

— ¿Y qué dicen de mí? ¿Se me insulta?

El starosta pareció cortado, pero Mikhail le ordenó que le dijese toda la verdad.

— Habla sin temor. Las palabras que repitas no son tuyas, sino de ellos. Si dices la verdad te recompensaré; pero si me ocultas algo te haré azotar. ¡Eh, Katucha! Dale un vaso de aguardiente para animarle.

Fué la cocinera á buscar el aguardiente y dió un vaso lleno al starosta. Éste brindó, vació el vaso de un trago y se limpió la barba. «Me da lo mismo — pensaba — que no se hable bien de él; puesto que lo quiere le diré la verdad». Y comenzó:

— Se murmura, Mikhail, se murmura.

— ¿Pero qué es lo que se dice? Habla.

— Se dice que *él* no cree en Dios.

El mayordomo soltó la carcajada.

— ¿Quién ha dicho eso?

— Todos. Se añade que *él* tiene comercio con el diablo.

El mayordomo rió con mejor gana.

— ¡Eso es bueno! Pero cuéntamelo con detalles. ¿Quién habla así? ¿Qué dice Wassili?

El starosta no gustaba de hablar mal de sus camaradas; pero con Wassili hacía mucho tiempo que estaba reñido.

- Wassili es el que habla más fuerte que todos.
- ¿Pero qué dice? Habla.
- Temo repetirlo. Dice que *él* no escapará á la muerte en la impenitencia.
- ¡Ah! ¡Bravo! ¿Y por qué aguarda tanto y no me mata? ¿Es que tiene tan cortos los brazos? Está bien, Wassili; tú tendrás tu merecido. ¿Y Tichka, ese perro, no habla mal también?
- Todos hablan mal de ti.
- ¿Pero qué dicen?
- No es bueno repetirlo.
- ¿Y por qué no ha de ser bueno? Ten valor y habla.
- Pues dicen: ¡que le estalle el vientre y que se le desparramen las entrañas por el suelo!
- Mikhail Semenitch se puso contentísimo.
- Ya veremos las entrañas de quién salen más pronto. ¿Quién ha dicho eso? ¿Tichka?
- Nadie habla bien; todos hablan pestes y amenazan.
- Y Pedro Mikheev ¿qué dice? ¿También me maldecirá de seguro?
- No: Pedro no maldice á nadie.
- ¿Y qué hace?
- Es el único de todos que no dice nada. Es raro. Le he visto con profunda sorpresa.

- ¿Y por qué?
- Todos los mujiks se admiran de su conducta.
- ¿Pero qué ha hecho?
- Una cosa extraordinaria. Cuando me he acercado á él trabajaba sobre una parcela oblicua cerca de Turkine. Llego adonde estaba y le oigo cantar con una voz tan dulce, tan agradable... y sobre su arado ardía algo.
- ¿Y qué?
- Aquello ardía como una lucecilla. Me acerco y veo un cirio de cinco kopeks puesto en el arado. El cirio arde y el viento no le apaga; y él, con una camisa nueva, labra y canta salmos. Se vuelve, hace girar el arado y el cirio sin apagarse; y eso que le he visto sacudir el arado y cambiarle la reja. A pesar de todo, el cirio siguió encendido.
- ¿Y qué ha dicho?
- Nada. Sólo cuando me ha visto me ha deseado un buen día de fiesta y ha seguido cantando.
- ¿Has hablado con él?
- No; pero algunos mujiks se han acercado y se han reído. « Pedro — decían — no podrá nunca rezar lo bastante para que se le perdone el haber trabajado en Semana Santa ».
- ¿Y él qué contestó?
- Una sola cosa: « Paz en la tierra á los hom-

bres de buena voluntad». Volvió de nuevo á su arado, arreó su caballo y siguió cantando. El cirio siguió ardiendo.

El mayordomo ya no reía, soltó la guitarra, dejó caer la cabeza sobre el pecho y permaneció pensativo. Así estuvo cierto tiempo; después hizo salir á la cocinera y al starosta, pasó detrás del biombo, se dejó caer sobre el lecho y comenzó á suspirar y á gemir con el estrépito de una carretada de haces de trigo cuando rueda. Su mujer se le acercó y quiso consolarle; pero él no contestó. Sólo dijo:

— Me ha vencido. Eso me ha impresionado hondamente.

— Sal — dijo ella; — ve á que los mujiks suspendan su trabajo y esto pasará. Tú has hecho otras cosas por el estilo y jamás has tenido este miedo. ¿Por qué temes ahora?

— Estoy perdido — dijo; — él me ha vencido. Aléjate, ya que aún no te he matado, porque esto no te importa.

La mujer le gritó:

— Siempre estás diciendo lo mismo: «¡Me ha vencido! ¡me ha vencido!...» Despide á los mujiks del trabajo y todo irá bien... Voy á hacer que ensillen el caballo.

Mikhail montó á caballo y se fué al campo. Una

mujer le abrió la gran puerta del pueblo. A la vista del mayordomo todos huían y se ocultaban, quién en su corral, quién en su huerto, quién en un rincón.

Así cruzó todo el pueblo el mayordomo y ganó la puerta de salida; pero esta puerta estaba cerrada y no podía abrirla desde lo alto de su caballo.

Llamó para que viniesen á franquearle el paso, pero nadie acudió. Echó pie á tierra, abrió por sí mismo y se dispuso á cabalgar de nuevo. Puso el pie en el estribo, se izó, é iba á pasar la otra pierna para montar, cuando el caballo se asustó á la vista de un cerdo y chocó contra la barrera.

El mayordomo era pesado, no pudo alcanzar la silla y fué á dar con el vientre contra la puerta.

Había en ella un solo poste puntiagudo más alto que los otros, y precisamente cayó sobre él. Se desgarró el vientre y cayó en tierra.

Los mujiks volvieron de su trabajo. Los caballos, relinchando, se negaron á franquear la entrada del pueblo. Miraron y vieron con asombro á Mikhail Semenitch tendido en tierra, boca arriba, con los brazos en cruz, los ojos vidriosos y las entrañas esparcidas, todo bañado en sangre, una sangre que la tierra no absorbía.

Espantados los mujiks, llevaron sus caballos por otro camino. Sólo Pedro Mikheev bajó del suyo, se

acercó al mayordomo, y viéndole muerto le cerró los ojos. Ayudado de su hijo unció una carreta, colocó en ella el cadáver y lo condujo á la casa del dueño.

Al saber éste toda la historia, eximió á los labradores del trabajo en aquellas fiestas, y entonces comprendieron los mujiks que no es en la venganza sino en la mansedumbre donde reside la omnipotencia de Dios.

## DIOS Y EL DIABLO